

PQ 7297

B 5

A 5

v. 3

MANDATIA



Los Amores de Artagnan

M. Flouron estaba en el fondo de su tienda ocupado en triturar algunas drogas en un mortero de mármol; á la vista de la sombra que se colocaba de repente robándole la luz, levantó una cabeza venerable por su calvicie y dotada de un par de anteojos. Desde luego reconoció al fogoso interruptor de su sueño, y espantado dejó caer frascos y mortero; pero una sonrisa de benevolencia y de política asomó en el rostro de Artagnan, y logró reponerlo de su miedo.

— Señor, le dijo el caballero, perdonadme, soy yo por otra vez. Me atrevo á esperar que habéis pasado bien el resto de la noche que he tenido la imprudencia de venir á molestaros. . . . Creed que he sentido vivamente lo ocupado, y vengo á manifestároslo y á suplicaros aceptéis el ofrecimiento de mis servicios.

— ¡Señor! . . . hizo el boticario.

— Pero ya comprenderéis, querido señor, que si un hombre se enferma de repente y se adivina que ha sido envenenado, se vuelve un loco de dolor y no considera nada ni la hera, ni las puertas cerradas, ni las recetas de los médicos.

—¿Con qué es decir que habéis venido anoche porque un hombre se envenenó?

—Sí, señor por eso.

—¿Y le ha salvado el emético que os facilité?

—Así lo creo al menos.

—Esto no deja de admirarme. ¡Emético!

—¿Por qué?

—Porque tengo sustancias más eficaces.

—Pues bien, señor, yo fío siempre para esos casos desesperados enteramente en el emético por haberlo experimentado una vez en mi país. Soy del Bearn y había comido hongos, magníficos por cierto, recogidos de los bosques: iba casi á morir, cuando mi madre, que esperaba al médico que había ido á tres leguas del castillo, tuvo la idea de administrarme esa droga maravillosa.

—En efecto, una sustancia muy preciosa; pero en el caso presente pudiera ser muy bien que vuestro hombre no hubiera sido envenenado.

—¡Pardiez! que tengo la misma idea que vos y soy dichoso encontrándome con un sabio de nombre.

—¡Señor! articuló el viejo modestamente.

—Este pensamiento me vino al mismo tiempo que el de venir á presentaros mis oscusas y traigo el resto del líquido que ocasionó el mal á la persona por quien me intereso.

—Véamos, exclamó el practicante con la impaciencia febril del sabio que descubre la pista de una experiencia.

Y animado de un ardor extraordinario tomó la botella que el teniente sacó de entre los pliegues de su capa.

La destapó con precaución, vertió como un dedo de

vino en un vaso de forma extraña, y consideró el licor á los rayos del sol que penetraba en la tienda.

—¡Hermoso color! exclamó. ¡Oh ramillete exquisito! añadió.

—A fe mía, señor, dijo Artagnan sonriendo, si ese vino no tiene nada, mucho gusto tendré en ofreceros un buen estuche.

—Y decís que aún no ha muerto la persona no obstante haberse tomado lo que le faltaba á la botella.

No, señor, el enfermo ronca en este momento de una manera deliciosa y eso me hace dudar que el vino esté envenenado.

El boticario introdujo la punta de su dedo en el licor y lo llevó á la lengua con la confianza curiosa y el atrevimiento de la ciencia.

—El gusto es insignificante, dijo, y deberá tener un veneno admirablemente disimulado; pero los italianos son muy hábiles, y no me admiraría de encontrar aquí aquella sublime invención que tan frecuentemente pusieron en práctica los Borgia.

—¡Oh! señor, y llamáis sublime una invención que tiene por objeto dar la muerte?

—Hijo mío, dijo el viejo, lo hermoso puede encontrarse tanto en el mal como en el bien. Los Borgia usaban de diversos venenos, según dicen, pero está averiguado por mí que la «agua tofana» fué la única que emplearon. Sin embargo, la credulidad pública les atribuye la invención de una substancia que obtenían de la baba del jabalí rabioso á fuerza de golpes; pero entretanto esto no se aprueba, yo he de negarlo siempre.

—¡Bien! pero esto deberá ejercer á lo que me parece alguna acción.

—Véamos. Algo hay en este vino. Me ha quedado

sobre la lengua una sensación de calor que no tiene por cierto nada de natural.

Y el practicante fué á tomar entre los mil frascos que encerraban sus estantes una redoma de la cual derramó algunas gotas en el vino.

Se produjo una ebullición, y una especie de nube blanca se precipitó al fondo del recipiente, donde se hizo bien pronto un polvo impalpable.

—¡Ya le tenemos! exclamó M. Flourón; la reconozco; es una substancia mineral que no puedo definir todavía y me ha sido designado como un veneno de la misma naturaleza que uno que mi prodecesor obtuvo del mariscal d'Ancre. Concieni lo trajo de Italia. . . . Dejádme la botella, caballero, y os voy á dar diez pistolas.

—¿Qué decís? Sin recibir nada os la entrego y me considero dichoso. Pero decidme antes si creéis que ese polvo blanco es verdaderamente un veneno.

—¡Vaya si lo creo! Las dos gotas extraídas de esa redoma y vertidas por mí, son un reactivo de los más violentos, y en el vino ordinario no habrían producido otro efecto que descolorarlo.

—¿Entonces no pensáis que ese polvo provenga del mismo vino?

—Ciertos vinos de Borgoña contienen una parte calcárea muy particular, pero no es así ésta.

—Entonces abrigáis la convicción de que el veneno ha debido ser puesto por una mano perversa?

—Ah! os atrevéis á dudar de la palabra de un viejo encanecido por la edad y que ha enflaquecido sobre los libros de la ciencia! Pero váis á verlo.

M. Flourón derramó el licor cuidadosamente, de manera que quedara el polvo en el fondo del vaso.

—Venid ahora, señor, dijo.

Artagnan le siguió á un patio situado detrás de la casa, y á un rincón en el cual descansaban muchos perros.

El sabio tomó del tejado de la perrera una vasija donde habia una poca de leche, y echando el pretendido polvo venenoso, lo destiló con el dedo.

—Vais á verlo, dijo con alegría infantil.

Abrió entonces la perrera y tomó por la piel del cuello un perrillo que colocó inmediatamente delante de la vasija.

En un segundo la leche fué consumida por el animal y éste se puso á brincar por el patio contento por la libertad que se daba, pero no habia dado dos vueltas, cuando se detuvo de repente.

Artagnan habia visto morir en la guerra ó de sus resacas más hombres que los años que contaba, pero á la idea del trabajo horrible que la muerte tenia en la organización del pobre animal, no pudo menos de palidecer.

El perro no tuvo tiempo para nada: casi inmediatamente volvió sobre de sí dió, un grito plañidero y cayó como herido por un rayo.

—Y bien, señor incrédulo, qué tal? preguntó el viejo con acento de triunfo.

—Pobre animal! exclamó el caballero con los ojos fijos sobre el perro que no se movió más.

—Creéis ahora que ha sido envenenado vuestro hombre?

El boticario insistió en ir á visitar al enfermo, afirmando que le aplicaría remedios más eficaces que los que pudiera darle el primer médico del rey.

—Por otra parte, añadió, el estudio de este caso me hace pasar los límites de mis deberes, porque si la facultad en ella. . . . sería perdido.

Más sin embargo, de todo os lo suplico.

Artagnan le dejó hacer su voluntad y se dirigió desde luego á la taberna de la «Botella de oro.»

¿Qué iba á hacer por allí? Este movimiento respondía á una serie de ideas que tomaba su cuerpo en una aventura de su juventud.

La casualidad, divinidad muy inteligente por más que se diga lo contrario, la casualidad, decimos, se había complacido en ejercer cierta influencia en sus aventuras amorosas y no era por cierto madama Pluchet la primera tabernera en cuyo corazón había hecho impresión la pluma del fieltro de nuestro caballero.

Recordaba muy bien haber estado á punto de ser víctima de un lazo que le tendió un marido ayudado de sus muchachos armados de bastones y puñales esperando el momento oportuno en que estaba materialmente imposibilitado de echarse sobre su espada para irsele encima.

Peligro del cual no pudo escapar sino por un verdadero milagro y merced á sus veinte años que lo hicieron arrojar sin reflexión desde lo alto de un primer piso hasta el pavimento de la calle.

Acaso M. Pluchet, por sufrido que pareciera, guardaba en lo profundo de su corazón un odio sordo, disimulando sus sentimientos aparentemente para que su venganza fuera mucho más segura.

Artagnan trató de averiguarlo desde luego.

Hacía mucho tiempo, y los observadores ó las malas lenguas habían podido acaso remontar esto desde la partida de Artagnan para Pontoise, el hogar de M. Pluchet no ofrecía ya el ejemplo de una perfecta igualdad de humores, y de costumbres.

Frecuentes querellas nacían en la casa bajo los pretextos más fútiles y la vuelta de Mazarino no había

contribuido poco á envenenar la paz doméstica de aquella casa, porque si el matrimonio había dado antes en ser de la Fronde, madama Pluchet cambió de opiniones políticas poniéndose del lado del cardenal como uno de sus primeros partidarios, en tanto que el tabernero continuaba odiándole y dando frecuentes paseos del lado de la Bastilla, donde seguía encerrado el coadjutor.

Sin embargo, en aquellas guerras de escaramuzas, la victoria casi siempre era del jefe de la casa, si bien la existencia de maese Pluchet tomaba cada día tintes sombríos y una desgracia real había comenzado visiblemente á disminuir su abdomen antes tan triunfante bajo el colete y la coraza:

En el momento en que las espuelas de Artagnan resonaron en el umbral de la taberna, maese Pluchet hacía probablemente un triste recuerdo de su pasado conyugal, porque su rostro conservaba las arrugas, por no decir que marcaba la desgracia más profunda.

Maquinalmente levantó la cabeza de encima de la mesa, que estaba toda llena de jarros, y á la vista del oficial sus facciones tomaron una expresión de beatitud tan suave, que las suposiciones de Artagnan habrían desaparecido desde luego, si hubiera estado menos preocupado.

El buen hombre sintió acaso instintivamente que con aquel gallardo mozo de mostachos negros, de ojo atrevido y de aire conquistador, la paz interior iba á renacer en su matrimonio.

—¡Eh! madama Pluchet está en misal, exclamó con dorosamente adelantándose hacia el caballero con la mirada alegre y las manos extendidas.

Pero Artagnan estaba grave, ó por mejor decir, som-

brío, de modo que el buen hombre retrocedió receloso.

— Señor Pluchet, dijo el teniente, seréis tal vez un hombre perverso?

— Yo, ¡gran Dios! quién ha podido hacerlos creer. . . .

— Véamos, continuó Artagnan extendiendo la mano y mirando los ojos del tabernero, dadme la mano.

— Hela aquí, dijo el padre Pluchet estremeciéndose.

— Temblais, maese Pluchet! miradme bien y sin pestañear, ¡vamos!

Pluchet levantó sus grandes ojos hacia los de su interlocutor, pero no pudo sostener por mucho tiempo el fuego sombrío que lanzaban las pupilas dilatadas del caballero, y todos sus miembros temblaron.

— Señor Artagnan ¿qué tenéis? . . .

— Señor, replicó el indómito teniente, me vuelvo á mi casa, donde quedo esperándoos. Si dentro de una hora no habéis ido, tendréis noticias de mí.

— Y dichas estas palabras con el tono más amenazante, Artagnan tomó de nuevo el camino de su domicilio.

En el momento en que llegaba á la Cité para tomar el puente, se encontró cara á cara con madama Pluchet, pero su distracción era tan grande, que no la vió ó no quiso detenerse por temor de que le vieran hablar con una paisana. El caso es que la pobre mujer, advirtiendo aquella indiferencia, no se atrevió á abordarlo y permaneció asombrada en vista del gesto que no obstante la sombra del fieltro, adivinó en la fisonomía del caballero, notando además en sus ojos algo de terrible.

Dió, pues, un suspiro y se fué corriendo á su casa, donde encontró á su esposo que aun no salía del estu-

por que le causó la corta escena que acababa de pasar con el teniente.

No hacía un cuarto de hora que Artagnan había regresado á su casa, cuando llamaron á su puerta con precipitación. Madama Morlet, que se encontraba allí, fué á abrir é introdujo á los que llegaban al salón, porque Champagne continuaba agazapado en el lecho de su amo.

Eran los señores Pluchet.

El teniente los recibió con frialdad, tanto al amo como á la otra, y la bella tabernera no sabía á qué atribuir aquella seriedad; ella misma comenzaba á participar de los terrores de su esposo, el cual no se había atrevido á presentarse solo.

El caballero les hizo sentar, permaneciendo él de pie con los brazos cruzados cerca de una mesa donde había un vaso y una botella cerrada.

— Señor Pluchet, dijo por fin Artagnan, después de un momento de silencio, ¿reconocéis esta botella?

— Sin duda, señor, respondió el buen hombre, es una botella de vino de Roussillon que hice traer á vuestra casa hace cerca de seis meses.

— ¿Reconocéis igualmente el sello? Aproximáos y examinadlo.

El tabernero fué hacia la mesa, consideró el lacre, sacó sus anteojos y examinó el sello? preguntó Artagnan sin responder á las miradas interrogativas que le lanzaba obstinadamente madama de Pluchet.

— Fui yo por cierto, fui yo mismo: es un cuidado que ordinariamente hago por mí mismo. He aquí mi botella de oro y mi nombre en aspa, como ha dicho el grabador.

El caballero extendió entonces un tirabuzón al tabernero, quien le miró con sorpresa; pero comprendió

perfectamente lo que le mandaba, puesto que sacó en seguida el tapón con una destreza admirable. Concluida esta operación, Artagnan tomó la botella, puso vino en el vaso, llenándolo hasta la mitad, y dijo al tabernero:

—Señor Pluchet, dignaos, os lo suplico, gustar este vino.

—¿Acaso estará malo, señor? pregunté Pluchet con toda la seriedad del comerciante que tiene la religión y el cuidado de su reputación.

—¡Bebed! dijo Artagnan con autoridad.

—Caballero, exclamó madama Pluchet espantada, ¿qué quiere decir todo esto?

—Durante este tiempo, el tabernero había tomado el vaso, lo había olfateado como buen conocedor, permitiéndose saborearlo, y se disponía á beber el vino sin pestañear, cuando el caballero le detuvo el brazo.

—Señor Pluchet, dijo, ese vino está envenenado.

El tabernero volvió á poner el vaso sobre la mesa ó por mejor decir, le dejó caer, é inmediatamente vacilaron sus piernas. Madama Pluchet dió un grito y se precipitó hacia Artagnan presa del más vivo terror.

—Señor, le dijo, me atrevo á pensar que no habéis sospechado que mi marido fuera capaz de una acción semejante!

—Yo, querida madama Pluchet, sospechar de maese Pluchet, un hombre tan bueno, nunca!

El buen hombre se había dejado caer en su silla y se enjugaba la frente.

—Señor Artagnan, dijo, bien sabeis el afecto que os profeso, y no sé verdaderamente, creyó deber añadir, lo que habría podido nunca impulsarme á preparar vuestra, muerte, admitiendo que semejante idea me hubiera podido pasar por la imaginación.

—¿Con qué es decir, maese Pluchet, que sois mi amigo?

—Y de los más apasionados, señor Artagnan, preguntadlo á mi mujer.

—Pero es que soy vuestro deudor

—¡Oh! en cuanto eso, no quiero que habléis: he olvidado vuestras pequeñas cuentas y mi memoria nunca podría recordarla.

—Ni del todo, apoyó madama Pluchet.

—Señor Pluchet, dijo Artagnan con dignidad, no quiero otros hablar así, ó de lo contrario creeré que no sois mi amigo: sois vuestro deudor por una suma que Champagne recuerda perfectamente, y dentro de poco quedaréis pagado.

—¡No lo consentiré! exclamó el tabernero.

—No se hable más de eso, señor Pluchet.

—Pues bien, consiento, señor Artagnan, pero con una condición: que me haréis el honor de venir esta noche á comer con nosotros. . . . ¡Ah! no podéis reusar esto. . . . así lo espero. . . . y beberemos un famoso vino.

—Sea, respondió Artagnan desarmado completamente por la naturalidad de Pluchet, ¿pero nada de Rousillon, eh?

—Borgoña legítimo, y jerez de treinta años cuando menos.

El caballero despidió á la honrada pareja y se dijo cerrando la puerta detrás de ellos:

—He sido un loco. . . llegando á sospechar de ese buen hombre!

Pero después añadió arrugando la frente:

—¡Cuidado, Artagnan! quién sabe lo que puede haber en esto, las venganzas corzas son terribles.

En ese momento llamaron de nuevo á la puerta; era madama Pluchet.

Había dejado á su cándido marido en el extremo de la calle pretextando que iba á la casa de su padre y fué á la del teniente con el corazón oprimido, los ojos húmedos, los labios balbucientes. Iba á pedir la explicación de la escena que acababa de pasar.

—Caballero, le dijo luego que hubo entrado, ¿me diréis lo que significa todo lo que ha ocurrido?

—¿De qué queréis hablar, querida niña?

—De lo que pasó aquí delante de aquella mesa.... con aquella botella.... ¿Qué vino es ese?

—Yo os lo he dicho á vos y á M. Pluchet, es un vino envenenado.

—Y porqué habéis sospechado de nosotros.

—Sospeché de papá Pluchet, respondió el oficial con cierta intención marcada, porque entiendo que tiene motivos fundados para ello.

—Artagnan, replicó la hermosa tabernera rechazándolo, no es un hombre quien ha envenenado ese vino, estoy segura; aquí andan los celos de una mujer, es una venganza femenina.

—¡Oh! exclamó el caballero con acento de inocencia.

—¡Si haceos el inocente!... conozco todo en vuestra fisonomía; no soy yo tan tonta.

—¿Estébana, que decís?

—Carlos, una mujer que ama es tan ingeniosa como una mujer que odia.

—Esto quiere decir, mi hermosa y dulce amiga....

—Que las que son incapaces de mandar ó pagar el crimen pueden asegurarse de una manera cierta de la fidelidad de un hombre ó de su traición.

—¡Oh! he ahí una frase magnífica no obstante su ele-

vación y sus rodeos, que significa si no me engaño, que la celosa Estébana hace espiar á su Artagnan.

—Carlos, dijo con dolor madama Pluchet rodeando el cuello del teniente con sus dos brazos blancos como el alabastro, ¿amáis á esta pobre mujer?

—¡Oh! vaya una pregunta!... dijo Artagnan.

Estébana retrocedió y lo miró fijamente.

—Hacéis mal en reiros de lo que os digo.

Artagnan no era partidario de las escenas patéticas, pero se resignó heroicamente á la que se le presentaba.

—Veamos, hija mía, dijo sed razonable y hablád con seriedad, me daréis gusto en ello.

—Pero es que no me habéis contestado.

—¿A qué? preguntó Artagnan volviendo la cabeza.

—Carlos, vos amais á alguna: no se á quién, pero no sois ya el mismo; hace mucho tiempo que ese nuevo amor trastorna vuestro corazón, puesto que ya no encuentro en vos esa imaginación viva, rápida, insaciable, ese humor alegre, esa ternura de antes y á la cual me habíais acostumbrado.

—Querida niña, dijo Artagnan con una serenidad helada, os engañáis, os lo juro, y hacéis mal en atribuir á una pasión nueva lo que sólo tiene origen en preocupaciones más graves. ¡Qué diablo! se diría que olvidáis que me ocupo de hacer mi fortuna.

—¿Es decir que vuestros pensamientos son sólo de ambición?

—Soy pobre, y es natural que piense en los medios de conjurar mi pobreza á todo trance por algún golpe de audacia.

—Pero pensad, Artagnan, en que os exponéis.

—Es posible, pero eso no impide que una compañía en las guardias deje de valer cincuenta ó sesenta mil libras.

—He ahí lo que no puedo comprender.

—¿Porque sois mujer, Estébana, y no tenéis ninguna idea de lo que es la vida de los caminos y las cuadras. Comprendedlo bien: todas las compañías en las guardias han sido compradas por los que las poseen; viene un día en que ese capitán es elevado á un grado superior, ¿queréis que pierda el dinero que tenía adelantado de antemano y cuyo derecho ha sabido conservar para reembolsarse á su vez al tomar posesión del nuevo cargo?

—¿Pero los que mueren en la guerra?

—Tienen herederos.

—Pero entiendo que el rey ó Mazarino podrían muy bien hacerlos no sólo capitán de una compañía ó de un regimiento, sino añadir el dinero suficiente para hacer el pago. ¡Os deben tanto los dos!

—¡Ah! querida niña, razonáis con el corazón, y la política carece de él.

—Que no tenga tesoros que echar á vuestros pies!... exclamó la bella Estébana en un arranque de ternura y de efusión.

—Gracias amiga mía, y esas palabras me hacen pensar en que tengo una deuda sagrada que pagaros en seguida.

—Parto, Artagnan, pero confío en vuestra promesa. ¿Iréis esta noche, no es así?

—Sí, angel mío, respondió el teniente abrazando á la preciosa joven.

Ella salió con el corazón un poco consolado, aunque siempre inquieto; cuando se abrió la puerta de entrada, se encontró con una especie de lacayo que se apartó para dejarla pasar.

Aquel lacayo era lo que se llamaba entonces un grisón, los cuales iban de ordinario vestido de gris, color fácil

de disimular y adoptado uniformemente por aquellos mensajeros misteriosos, y que los hacía tan difíciles de reconocer. Entregó al caballero un pliego cerrado, y apenas lo tomó, cuando el criado había desaparecido en la escalera.

—Vamos, se dijo Artagnan después de haber leído, mi aventura de ayer en el palacio ha dado bastante que decir en la corte, y estaré de moda al menos por dos días.

Y relevó el billete, que estaba concebido así:

«La prisión tan injusta del caballero de Artagnan le ha abierto el camino en algunos corazones; pero de seguro no ha inspirado en todos una solicitud tan viva, como en el de cierta persona que está animada por él. Además, y para atestiguarlo de una manera menos estéril que la palabra, esa persona desea entregarle armas capaces de responder de una manera triunfante á las gentes bastante viles que han atentado á su libertad. Estará, pues esta tarde á las cuatro en un coche que se detendrá á cien pasos de la puerta de San Antonio. Se cuenta con la prudencia del caballero de Artagnan, quien respondiendo á este llamamiento, compromete su palabra de gentil-hombre de no querer que se levante la máscara que cubrirá el rostro de la que es para él»

«Una amiga adicta.»

—¿Quién puede escribirme esto?

Acaso la señorita de Martinozzi habraá supuesto con fundamento que madama de Plessis—Bellière... No es posible... Esta ama, según dicen, á M. Fouquet... ¿Madama de Navailles?... Menos: adora á su marido, quien por cierto no corresponde su cariño porque está enamorado de la mujer del obeso Flavimonte... Madama de Tresmes... ¡No!... A fé mía que renunció

á apurar más mi imaginación. No importa... Esto me promete interes! ¡píremos, caramba! Y dos veces mejor por una... ¡es urgente! agregó el caballero.

El lector no deberá concebir una idea despreciable de la moralidad de nuesro héroe por las palacras que se le han escapado en su monólogo. Nada de extraordinario tenía todo aquello en la época singular que tratamos de hacer revivir en este relato: las mujeres y los hombres estaban en un continuo cambio de procedimientos y presentes, y el dinero no había tomado su papel en el dulce comercio del amor. Hoy se avergüenzan de tomar oro, acaso porque en el fondo no se crea digno, no por otra cosa.

A las personas muy meticulosas y que pudieran acusarnos de exageración, las animaremos á hojear las curiosas memorias que nos sirven para redactar estos detalles. Convengamos antes en que esta compensación llegaba á propósito y que el caballero tenía algunos derechos porque acababa de decirse con amargura: ¡Dos ilusiones desvanecidas en un día! ¡Aquel joven Vijé, cuya fisonomía me ha engañado, y á quien hubiera llamado amigo! ¡El vino de Roussillón, un antiguo amigo, ha estado á pique de serme funesto!...

Y diciendo esto consideraba la botella que aun estaba en la mesa, escandalizándose de la apariencia de honradez que afectaba. La tapó, pues, cuidadosamente y la reunió á sus compañeras que descansaban sin inquietarse en un estante de la despensa de Champagne.

Encontró á éste recostado en su lecho, y le dijo.

—Champagne, amigo mio, luego que os sea posible, llevareis esas botellas al boticario Fleuraon, pero le recomendaréis que antes de tocar, se cuide de hacer la experiencia.

—Si, señor, dijo el criado con espanto.

—¡Oh! decididamente exclamó Artagnan, quiebrocen el vino de Roussillón para siempre. ¡Es cosa resuelta!...

Y tras esta determinación, se preveyó de todo el dinero que pudo encontrar en sus bolsas y cajones, en tanto que Champagne le refería la vista de los ugiros entre los cuales remarcó con más particularidad al que se encargó de inventariar los vinos: pero las señas de aquel hombre no tenían ninguna semejanza con aquol de quien el caballero podía sospechar.

Se reservó, pues, profundizar el negocio con calma y se dirigió hacia la casa del consejero Feydeau. Luego que hubo reembolsado á aquel amigo, le pidió la ayuda de sus luces á fin de salir airoso del juicio que pretendia entablar contra el portador del pagaré Montigré, que había tenido la mala fe de presentar por segunda vez su solicitud de nuevo pago; después de lo cual y con la observación de M. Feydeau de que el procurador de su parte contraria lo era maese Tifóneo Désormaux, se dirigió hacia aquel antro de la chicana, situado en la calle del Delfinado.

El procurador, no obstante su afirmación y su juramento, nunca quiso pasar á creer que hubiera sido cubierto el pagaré, pero fué obligado en convenir que el joven pasante Luis Vijé, á quien envió hacia seis meses en solicitud del pago, desapareció de su estudio en Paris desde aquel mismo día. Maese Tifóneo no pudo, sin embargo, admitir que el joven que le fué recomendado muy particularmente, fuera culpable de una acción tan reprehensible; y en consecuencia prometió escribir á Burdeos, no dudando que si su dicho era fundado, aquel cliente—un honorable consejero del parlamento de Guyena—no vacilaría jamás en hacer en